

ACTO SEGUNDO

El teatro representa la habitación central de la parte baja del hotel indicado en el acto primero.

Al fondo una galería de cristales que comunica con el jardín, algunos de cuyos árboles se verán tras de la vidriera. Una puerta grande de dos hojas que habrá en el fondo, comunica con esta galería.

A la derecha dos puertas, que suponen unir con el salón las habitaciones donde residen Remedios, don Ambrosio y Matilde. A la izquierda otras dos puertas; la del primer término comunica con el despacho y dormitorio de Manuel; la del segundo, con el cuarto donde se supondrá que éste ha establecido su laboratorio.

A la derecha, en primer término, un diván bajo, de respaldo ancho y corto. Entre las dos puertas de la izquierda, una chimenea; entre las dos de la derecha, un mueble escritorio, sobre el cual habrá recado de escribir.

En las paredes cuadros de paisaje; fotografías, reproducciones de dibujos de *sport*, caza, equitación, pesca, juego de volante, pelota, etcétera. En los rincones, mesitas maqueadas portátiles.

El resto del mueblaje lo constituirán sillas de diversas formas, butaquitas y mecedoras.

Al levantarse el telón, aparecen en escena sentados sobre el diván, Remedios y Ambrosio.

ESCENA PRIMERA

Remedios y Ambrosio

REMEDIOS

Te aseguro que si no fuese porque estamos entre la espada y la pared, no sería Manuel el que se casase con Matilde. Cada día me es más antipático el hombre.

AMBROSIO

Insoportable; de todo punto insoportable.

REMEDIOS

No abre la boca, que no lo haga para mortificar á alguno de nosotros ó á alguna de las cosas que merecen nuestro respeto.

AMBROSIO

Dilo; porque no es otra su ocupación desde hace una semana. El día de su llegada aquí, durante el almuerzo, me faltó poco para tirarle un plato á la cabeza.

REMEDIOS

¡Y á mí!

AMBROSIO

Estos jóvenes de hoy creen que el mundo puede volverse del revés con la misma facilidad que los calcetines.

REMEDIOS

Algunas veces me parece que Manuel está loco.

AMBROSIO

¡Loco! No caerá esa ganga. A los locos se les encierra.

REMEDIOS

¡Pobre Matilde!

AMBROSIO

No hay duda que se va á divertir.

REMEDIOS

Afortunadamente, Matilde no se deja dominar así como así. En ésta, como en otra porción de cosas, saca mi carácter.

AMBROSIO

Creo que te forjas ilusiones. El tal Manolito tiene mucho genio. No se dejará imponer fácilmente.

REMEDIOS

¡Bah!... Peor genio gastaban otros, y sus mujeres les han vuelto mansos.

AMBROSIO

Verdad. Pero convengamos en que Manuel es imposible.

REMEDIOS

Atroz. Pero sólo teneros un remedio. Hay que apencar con él, ó quedarse por puertas. Y menos mal que hace

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

unos días, desde el siguiente á su llegada, anda muy ocupado con la instalación del laboratorio, y apenas si lo vemos á más horas que á las de comer y almorzar.

AMBROSIO

Con ellas tiene bastante para ponernos de mal humor á todos. ¡Dichosos los que no viven en la casa!... Esos con dejar de venir, están del otro lado. Ya lo hacen.

REMEDIOS

Ambrosio...

AMBROSIO

Por de pronto, Enrique no ha vuelto.

REMEDIOS

Enrique tiene sus motivos. La situación suya es muy difícil...

AMBROSIO

Convento en que á Enrique le asisten motivos especiales para alejarse de nosotros. ¿Y á los demás? Ramírez...

REMEDIOS

En el laboratorio está con Manuel

AMBROSIO

Don Homobono...

REMEDIOS

Por don Homobono llevas razón. Desde que Manuel le saltó aquella rociada, muestra una actitud que... Vaya, hablando con toda claridad, me parece que á don Homobono le vendría de perlas que, por las inconveniencias de Manuel, se frustrase la boda.

AMBROSIO

¿A qué cuento?

REMEDIOS

¡Pareces tonto, hombre! Si la boda se deshace, ¿quién se queda con el dinero?

AMBROSIO

¡Mujer!... No seas mal pensada. Don Homobono es su-

jeto excelente; incapaz de caer en tales propósitos. Además, nos quiere mucho y le conviene estar bien con nosotros. Hoy mismo ha de traerme una nota referente á un pleito de sus administradas, pleito en cuya tramitación intervengo yo.

REMEDIOS

Sin embargo de eso, no hay que fiarse mucho. (Aparece en el fondo don Homobono).

ESCENA II

Dichos y don Homobono

HOMOBONO

(Desde el fondo.) ¿Estorbo?

REMEDIOS

¡Estorbar usted, queridísimo amigo!... ¡Al contrario! Echándole estábamos de menos y temerosos de que estuviere usted ofendido.

HOMOBONO

(Con sencillo asombro.) ¡Yo!...

AMBROSIO

Las imprudencias de Manuel.

HOMOBONO

(Con ingenua expresión.) ¡Ofenderme yo, señora mía! Nunca me ofendo. Jamás guardo rencor á nadie. Mis creencias y mis sentimientos, educados en esas creencias, lo impiden.

REMEDIOS

(A Ambrosio.) ¡Es un santo!

HOMOBONO

No señora; nunca me ofendo con mis prójimos. Menos había de ofenderme con Manuel.

AMBROSIO

Ya se lo decía yo á Remedios.

HOMOBONO

No es culpa suya. Tiénela el pícaro tiempo en que vivimos. Deplorable resulta que las diabólicas ideas del siglo hayan penetrado en la conciencia de ese joven, nacido en el seno de una familia tan irreprochable como la de ustedes. Malo sería que se aprovechase, en servicio del mal, una inteligencia que todos queríamos ver empleada en servicio de Dios.

AMBROSIO

Sí. Sería gran pena.

HOMOBONO

Pero no hay que apurarse tanto. Aun no se halla Manuel absolutamente perdido.

REMEDIOS

Igual pienso yo.

HOMOBONO

Ustedes con sus consejos, Matilde con la persuasiva influencia del cariño, yo propio, que algún valimiento he de tener con él, procuraremos arrancarle de la mala senda devolviéndole al buen camino, al que no debió abandonar nunca. Volverá, es de suponer que volverá, y... ¡arrepentidos quiere el cielo!

REMEDIOS

El Señor le oiga á usted.

HOMOBONO

¿Y qué tal, qué tal se conduce Manolito desde que no le veo?

AMBROSIO

Haga usted cuenta que lo mismo.

REMEDIOS

(Con impaciencia.) ¡Ambrosio!

AMBROSIO

¿Por qué no decirlo, si es cierto? Peor que cuando llegó aquí; tronando contra lo existente; jurando y perjurando que es necesario renovarlo, cambiarlo, rehacerlo todo. ¡El delirio!

REMEDIOS

Cosas de muchachos.

HOMOBONO

Sí, sí; pero por lo visto el mal tiene raíces hondas. La mayor parte de los amigos, de los compañeros, de los maestros é ídolos de Manuel, son unos ateos, unos revolucionarios rabiosos. ¡Calculen ustedes dónde irá con semejantes compañías!

AMBROSIO

Al infierno... Y no hablemos nada de Matilde.

REMEDIOS

(Queriendo interrumpirle.) Matilde...

AMBROSIO

Ese inventor de microbios nuevos y de sociedades novísimas, quiere convertirla en su esclava, hacerla vivir lejos del mundo, moliéndole ingredientes, sin duda, mientras él la muele á ella á fastidios, á disgustos y á aburrimientos.

REMEDIOS

Pero, hermano mío...

AMBROSIO

(Con impaciencia y con enojo.) No; Matilde no puede amar á un tipo de esas condiciones. Será una víctima con él.

HOMOBONO

Ahí tiene usted una cosa más grave que todo lo anterior.

REMEDIOS

¿Eh?

HOMOBONO

Aparte de que un sujeto, minado por tan perniciosas ideas, puede inculcarlas en la conciencia de Matilde, haciendo á ésta perder, por terrenas felicidades; la felicidad celestial, si ella no le ama y, por no amarle, se hace infeliz, la boda significaría un peligro para ella y acaso un crimen para quienes le aconsejen y la permitan.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

REMEDIOS

¡C'omol (Con creciente disgusto.)

HOMOBONO

La paridad de sentimientos precisa para la ventura doméstica; sin cariño verdadero, profundo, no hay dicha posible en los matrimonios, y un mal matrimonio sólo puede acarrear desventuras. Si Matilde no quiere á Manuel, si no ha de ser dichosa...

REMEDIOS

¿Qué?

HOMOBONO

No debe casarse.

REMEDIOS

¡Eso! ¡Y que las monjas carguen con todo! (En un inevitable arranque de despecho.)

HOMOBONO

(Levantándose.) ¡Remedios!

AMBROSIO

(Aparte.) ¡Caracoles! Me parece que mi hermana tiene razón.

REMEDIOS

(Dominándose.) Sí, señor, que se lo llevaran todo, antes que fuese infeliz mi Matilde. Mejor estaría ese dinero en manos de aquellas queridísimas madres que en las de un hombre y una mujer unidos ante Dios, sin sentir un afecto verdad. Ahí tiene usted lo que yo pienso. No me guían en este asunto intereses bastardos.

HOMOBONO

(Aparte.) ¡Te veo!

REMEDIOS

Sólo que, y esta es mi desesperación, Matilde está enamorada de Manuel, ¡muy enamorada! ¿Cómo me opongo yo á lo que ella considera su dicha?

HOMOBONO

Eso de ningún modo. (Breve pausa. A Ambrosio.) Y diga-

me usted, don Ambr. sio, ¿cómo anda el pleito de las madres? ¿Tenemos esperanzas?

AMBROSIO

Seguridades, no esperanzas, amigo mío; muchos pasos ha habido que dar, pero al fin...

HOMOBONO

La razón y la justicia están de su parte. Por eso pleiteamos. Sentimos gran respeto hacia la justicia y sus intérpretes, para demandarle fallos opuestos á su noble misión.

AMBROSIO

Ya lo sé. Pues están ustedes de enhorabuena. Digo ustedes, porque como usted lleva un tanto por ciento en los negocios de aquella casa...

HOMOBONO

Eso es lo de menos; no trabajo por lucro; trabajo por servir á Dios en las personas de sus hijas más predilectas.

REMEDIOS

¡Quién lo duda!

AMBROSIO

¿Y qué, me trae usted la nota? Conviene llevarla esta tarde.

HOMOBONO

No la he hecho.

AMBROSIO

Hágala usted aquí. En aquel escritorio (El situado entre las dos puertas.) hay papel y tintero.

REMEDIOS

(A Ambrosio.) Nosotros iremos á dar una vuelta por el jardín, con objeto de no distraerle á usted. (Aparte á Ambrosio.) Necesito hablarte.

HOMOBONO

Si no me distraen.

REMEDIOS

Nada, nada. Ahí le dejamos á usted solito. Le esperamos en el jardín. (Sale por el foro con don Ambrosio.)

HOMOBONO

(Dirigiéndose hacia el escritorio.) Anda, que no serás tú (por Remedios) quien pueda conmigo.

(Cuando don Homobono llega al escritorio, entra Aurora por la primera puerta derecha.)

ESCENA III

Don Homobono.—Aurora.

HOMOBONO

(Reparando en Aurora.) Felices, Aurora.

AURORA

(Con tristeza.) Felices serán para usted, don Homobono.

HOMOBONO

(Como fijándose en la tristeza de Aurora.) ¿Qué te pasa, mujer? Estás palida; tienes encendidos los ojos, así como si hubieses llorado mucho.

AURORA

(Con angustia.) Mucho he llorado, sí, señor.

HOMOBONO

(Como sorprendido.) ¿Por qué?

AURORA

¿Por qué? ¿Y usted me lo pregunta? ¡Usted que me ha hecho entrar en esta casa! ¿Por qué me trajo á ella?

HOMOBONO

No te entiendo.

AURORA

¡Que no me entiende!... He sufrido tanto en esta vida, he derramado tantas lágrimas y me he impuesto tantas penitencias por culpas que otros me obligaron á cometer, que me creía que tóo lo malo había acabao, que no iba á sufrir dolores nuevos, que los antiguos eran bastantes pa colmar la medida. (Con desesperada ironía.)

HOMOBONO

Pero...

AURORA

¡Eso creía yo! ¡Seré imbécil! ¡Como si el que nace pa padecer tuviera descanso! ¡Como si cuando las penas le agarran á una por el cuello dejasen de apretar! ¡Como si el dolor cuando dice «allá voy», se cansase de dar puñaladas! Obró usted malamente con traerme aquí. ¡Muy malamente! (Con angustia y dolor.)

HOMOBONO

¿Yo? (Como si no comprendiese.) No te comprendo, mujer explícate.

AURORA

¿No está Manuel en esta casa? ¿Qué más explicaciones quiere usted?

HOMOBONO

(Como si aun no entendiese.) Manuel...

AURORA

(Con desesperación y energía.) Sí, Manuel; mi Manuel; el que fué mi Manuel, y mi alegría, y mi cariño y mi tóo. ¡Ese! (Con pasión.)

HOMOBONO

Aurora...

AURORA

(Interrumpiéndole.) ¡Ese! Pero ¿á qué decirle á usted nada y contarle nada, si usted lo sabe tan bien como yo?

HOMOBONO

Cree que ignoraba...

AURORA

¡Qué iba á ignorar, si usted y las señoras que me protegen, primero de hacer cosa por mí, quisieron enterarse de tóo y me rebañaron el corazón y la memoria pa sacarme el pasao entero!... Mucho les debo á ustedes, muchos bienes me han hecho, pero, trayéndome á esta casa, me han producido un mal mayor que tóos esos bienes juntos.

HOMOBONO

De modo que Manuel... el sobrino de doña Remedios, el novio de Matilde es... ¡Calla!... Tienes razón! (Con hipócrita sencillez.) Perdona, hija, perdona. Me había olvidado de ese incidente. Ahora caigo en que le nombraste y... No extrañes mi olvido; doy tan poca importancia á las miserias de los hombres... Lo siento, de veras que lo siento... Y qué, ¿le viste?... ¿Has hablado con él?

AURORA

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

SÍ.
 AURORA
 HOMOBONO
 Y él...
 AURORA
 El es tan bueno, no, más bueno que nunca.

HOMOBONO
 Mostraría disgusto al verte.
 AURORA

(Sorprendida.) ¡Disgusto! (Con sencilla y noble expresión.) Al contrario, alegría. Con su bondad de siempre me tendió la mano, ofreciéndome, lo que puede ofrecerme, lo que yo no me hubiera atrevido á pedirle, su protección y su amistad.

HOMOBONO
 ¿Y tú?... Supongo que no habrá cruzado por tu imaginación el propósito de renovar antiguas quimeras.

AURORA
 (Con dignidad.) ¿Por quién me toma usted? ¿Qué ha pensado usted del querer mío? No; yo sé que Manuel no pú ser pa mí! Si lo supe, si renuncié á mi felicidad cuando estaba á su lado, cuando aun tenía el calor de sus caricias en mi sangre, ¿cómo no iba á hacerlo ahora cuando ya le juzgaba perdido pa siempre?

HOMOBONO
 Entonces, habiéndote conducido así, debes estar tranquila.

AURORA
 (Con amargura.) ¡Tranquila!

HOMOBONO
 Como debes continuar sacrificándote y borrar de tu alma la imagen de Manuel.

AURORA
 (Con energía.) Sacrificarme, sí. ¿Borrar su imagen, arrojar de mis entrañas su querer? Eso, no señor; ¡nunca!

HOMOBONO
 ¿Nunca?

AURORA
 Nunca; ya está dicho. Ni lo haré, ni hay quien me lo pueda exigir.

HOMOBONO
 Dios lo exige.

AURORA
 ¿Dios? (Con energía.) No es verdad. ¡Que va á pedir Dios eso! Dios ha formado mi corazón. Ha permitido que Manuel sea mi dueño, no sé si después ó á la misma parte que Dios. Pues si Dios ha hecho eso, si ha permitido eso, podrá exigir que me sacrifique; ya lo hago. ¡Pedirme que le olvide, que le eche de mi alma! Dios sabe que eso no es posible. ¿Cómo lo va á pedir?

HOMOBONO
 No olvidándole sufrirás más.

AURORA
 ¿Y qué me importa?

HOMOBONO
 Pero...

AURORA
 ¿Usted cree que mi padecer de ahora, es por mí? No. Entonces me conformaría como antes.

HOMOBONO
 ¿Y hoy? (Mostrando en su rostro la satisfacción que le produce la actitud en que va Aurora á colocarse.)

AURORA
 Antes sufría por mí sola. Hoy sufro por lo que van á hacerle sufrir.

HOMOBONO
 ¿A Manuel?

AURORA
 (Con apasionada desesperación.) ¡Quieren engañarle, deshonorarle!

HOMOBONO
 (Como sorprendido.) ¿Qué dices?

AURORA
 La verdad. Esa Matilde, esa señorita ¡esa infame!... Sí, señor, no me mire usted, ¡esa infame! no quiere á mi Manuel, quiere á otro; á otro de quien ha sido ya, de quien sigue siendo, de quien seguirá siendo después de casada. De Manuel no apetece más que la herencia; y con tal de lograrla no le importa perder á un hombre en este mundo y perder la gloria en el otro.

HOMOBONO

Pero ¿qué hablas muchacha? Eso no es posible.

AURORA

¡Qué no es posible! Lo he oído yo. Se lo he oído á ella y á Enrique.

HOMOBONO

¡Matilde! ¡Enrique!... Si... Algo me habían dicho, pero no le he prestado crédito.

AURORA

Créalo usted. ¡Se lo juro por estas cruces!

HOMOBONO

¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué horror!

AURORA

Y el hombre por quien daría yo la gloria, va á ser desdichao sabiéndolo yo!... ¡Y yo lo voy á consentir!... Consintiéndolo sería tan mala como los otros. No, Manuel; no lograrán lo que se proponen, no lo lograrán. ¡Te digo que no lo lograrán!

HOMOBONO

¿Qué intentas?

AURORA

¡Evitar esa infamia! Hablar con Matilde, con Manuel si es preciso. ¿Debo hacer otra cosa? ¿No esto lo justo? ¿No es lo honrao?

HOMOBONO

Tú...

AURORA

Yo, sí. Aconséjeme usted. Usted se trata con personas más sabias y más santas que yo. Usted vive más cerca de Dios, que esta pobre mujer. ¿Verdad que debo oponerme á que Manuel sea desgraciao? Vamos; usted que es religioso, usted que sabe tanto de cosas de conciencia, contesteme. ¿Cuál es mi obligación?

HOMOBONO

Yo...

AURORA

Usted, sí. Pero ¡qué digo! ¡contestarme! ¡ayudarme!

HOMOBONO

¡Ayudarte!... Tanto como ayudarte... Claro que siendo

como lo pintas tú... Pero la culpa, si existiera, tú eres quien la sabe, tú quien lo has visto; yo no sé nada, no he visto nada, no puedo mezclarme, por consiguiente, en nada. Eso es cosa tuya. Este género de cuestiones no admiten consejo; se resuelve por iniciativa particular. Haz lo que juzgues más conveniente; y para ti el pecado, si es que hay pecado, y la gloria si hay gloria.

AURORA

Corriente. Pa mí sola. ¡Si no me acobardol!... ¿Cómo he de acobardarme?... ¡Se trata de él!...

HOMOBONO

Sobre todo nada de escándalo. Ni para evitar un mal debe recurrirse al escándalo.

AURORA

¡Ni pa evitar un mal! ¿Qué mayor escándalo que el mal mismo?

HOMOBONO

Silencio. Ahí viene Matilde. (Se dirige al escritorio. Entra Matilde por la primera puerta derecha.)

ESCENA IV

Dichos.— Matilde.

MATILDE

¡Don Homobono! (Manifestando gran cariño.)

HOMOBONO

(Lo mismo.) ¡Hola, Matildita! (Cogiendo afectuosamente entre las suyas la mano de Matilde.)

AURORA

(Aparte.) ¿Y este hombre puede tratarla con cariño?

MATILDE

(A Homobono.) ¿Cómo tan solo?

HOMOBONO

Terminando una nota que debo entregar á tu tío. (Escribe.) Ea... ya está. Hasta después. Volveré á despedirme.

MATILDE

¡Siempre tan amable!

HOMOBONO

(Por Aurora. Aparte.) Decididamente fué una gran idea traerla aquí. (Váse fondo.)

AURORA

(Aparte.) Ahora nosotras dos (Matilde se dirige hacia la izquierda. Aurora se interpone.)

ESCENA V

Aurora. — Matilde.

AURORA

¿Dónde va usted, señorita Matilde? (Con sarcasmo.)

MATILDE

(Sorprendida.) ¿Yo? (Con altanería.) ¿Qué te importa y quién te autoriza á preguntarme?

AURORA

Cuando lo pregunto me importará. (Con firmeza.)

MATILDE

(Sorprendida por el tono de Aurora.) ¡Eh!

AURORA

¿Quién me autoriza á preguntarle? Un poco de paciencia. Ya lo sabrá usted.

MATILDE

(Con enojo.) ¿Qué tono es ese? (Con desprecio.) Esta muchacha se ha vuelto loca. (Andando hacia la izquierda. Con imperio.) ¡Déjame pasar!

AURORA

(Con enérgica calma.) Aguárdese usted, señorita. Le interesa á usted nuestra conversación tanto no, más que á mí.

MATILDE

Pero...

AURORA

Tenga usted un poco de calma; nos conviene. Aunque sea usted... todo lo que es, y yo lo que soy, es necesario que la que vale más de nosotras se resigne á tener una conversación con la que vale menos.

MATILDE

(Cada vez más sorprendida.) ¿Qué dices?

AURORA

¿Iba usted á las habitaciones de Manuel?

MATILDE

¿De Manuel? (Con irritación y sorpresa.) ¡Así, Manuel á secas!...

AURORA

(Sin hacerle caso.) Iba usted á las habitaciones de su prometido, del hombre que está enamorado de usted.

MATILDE

¡Aurora! (Con enojo.)

AURORA

Sí, á verle iba: á meterle por los ojos toa su hermosura, porque usted es guapa, eso sí; á decirle cosas de querer; á seguir engatusándole pa la boda. Pues pare el paso, no entre; no pierda el tiempo; no piense en la boda con Manuel, porque la boda no se hará.

MATILDE

¿No? (Con sorpresa irónica.)

AURORA

No.

MATILDE

¿Y por qué motivo? Me has puesto en curiosidad de saberlo. (Con sarcasmo.)

AURORA

(Con ironía.) ¡Por qué motivo! (Con energía y decisión.) Porque no quiero yo; porque usted va y renunciar á ella; porque yo, consintiéndola, sería criminal, y usted no renunciándola sería infame.

MATILDE

(Con sorpresa é ira.) ¡Infame! ¿Pero has dicho infame? (Con indignación.)

AURORA

Sí, infame; más infame de lo que es usted ya.

MATILDE

(Con rabia.) ¡Cómo! ¡A mí! ¡Insultarme á mí tú! ¡A tu ama! (Se dirige hacia el timbre que habrá sobre el escritorio de la izquierda.)

AURORA

(Interponiéndose.) ¿Dónde va usted?

MATILDE

A llamar; á que te cojan por un brazo y te echen á la calle, ¡insolentel (Amenazándola.)

AURORA

(Con sarcasmo.) ¿Llamar? No se atreverá usted.

MATILDE

¿Que no? (Deteniéndose.)

AURORA

Ande usted, llame; que vengan todos, todos. Manuel el primero. Yo repetiré delante de todos que es usted una infame, y que engaña miserablemente á quien va á tomar por marido porque es usted la amante de Enrique.

(Procúrese que Matilde, que se ha detenido un momento, vuelva hacer intención de llamar poco antes de decir Aurora «es usted la amante de Enrique». Al oír esta frase Matilde, quedará con la mano suspendida en el aire.)

MATILDE

(Con espanto.) ¡Oh!

AURORA

(Con sarcasmo.) Ande usted, llame. No me opongo. Atrévase. (Gozando con el espanto de Matilde.) Ya ve usted cómo no se atreve.

MATILDE

(Con frase entrecortada.) Tú... que tú dirás...

AURORA

La verdad. Que usted es amante de Enrique.

MATILDE

(Con angustia.) ¡Falso!... ¡Eso es una calumnia!

AURORA

¡Calumnia! Lo he visto, lo he oído yo.

MATILDE

(Con asombro.) ¡Tú!

AURORA

(Señalando la primer puerta de la izquierda.) Allí, en aquel cuarto, allí os convinistéis pa perderle.

MATILDE

¡Tú vistel... (Con terror.)

AURORA

¡Todo! No dije antes que ¡¡Todo! Pero ¿ustedes no contaban con Dios?

MATILDE

Oye.

AURORA

(Interrumpiéndole.) Dios protege siempre al honrao contra el malo. Pa eso hizo los ángeles. Sólo que algunas veces los ángeles están muy distantes, no tienen lugar de aduir; y Dios se vale de cualquiera; de una desdichá, de una perdiá, de una pobre mujer del pueblo. Eso ha hecho ahora.

MATILDE

¿Y tú?... (Con ansiedad.)

AURORA

Yo impediré la traición de ustedes. Pa eso estoy aquí.

MATILDE

(Desesperada.) ¡No! ¡Tú no harás eso! ¡callarás! (Como queriendo persuadir á Aurora.) ¡Soy rica, seré más rica todavía cuando me case con Manuel!...

AURORA

¿Quiere usted comprarme? (Con ironía.) Yo no soy de los que se venden. (Con altivez.) No. Ni vendo el querer como usted, ni la conciencia como su amante.

MATILDE

¡Qué desesperación! (Con angustia, con ira á Aurora.) Pero, ¿á ti qué te importa? ¿Qué interés tienes por ese hombre?

AURORA

El mayor de todos. Quererle y quererle con toda mi alma.

MATILDE

(Sorprendida.) ¡Tú!... ¿Tú amas á Manuel?

AURORA

(Con arrogancia.) Yo, sí, yo.

MATILDE

¿Hablas de veras? ¿Una mujer de tu condición se ha atrevido á poner los ojos en él?...

AURORA

¿Qué te extraña? ¿No los has puesto tú?

MATILDE

(Con ira.) ¿Me tuteas?

AURORA

¿No me tuteas á mí tú?

MATILDE

(Con rabia.) ¡Esto es demasiado!

AURORA

(Con sarcasmo.) ¡Demasiao!... Muy poco pa lo que vas á oír.

MATILDE

¡Aurora!

AURORA

Sí, le quiero; le quise; puse en él estos ojos; sólo que yo le quiero sin esperar que el pueda quererme; y tú finges quererle, con la esperanza de ser rica; yo puse los ojos en él pa adorarle, tu pa deshonrarle; yo pa hacerle con mi cariño un paraíso, tu pa hacerle con tus maldades un infierno. ¡Calcula si hay diferencia entre nosotras dos.

MATILDE

¡Basta!

AURORA

No. Es preciso que renuncies á esa boda.

MATILDE

¿Porque lo pides tú?

AURORA

Porque Manuel no puede ser tuyo. ¡Si no pueé ser mío porque he perdido la honra del cuerpo ¿cómo va á ser pa ti, que perdiste la honra del cuerpo y la del alma!

MATILDE

¿Renunciar á Manuel ¡Nunca! ¿Lo entiendes? ¡Nunca!

AURORA

Mira que si te empeñas, si no me haces caso, Manuel lo sabrá todo. (Con tono de amenaza.)

MATILDE

¿Y piensas que Manuel va á escucharte? ¿Que sin más, ni más dará crédito á los cuentos de su antigua querida?

AURORA

(Sorprendida.) ¿Eh?

MATILDE

No; Manuel se negará á creerte. Pedirá pruebas.

AURORA

¿Pruebas?...

MATILDE

Tú no podrás dárselas, porque no las tienes. Y Manuel no fiará en ti, fiará en mí, porque me ama y á ti te desprecia. ¿Comprendes? (Con rencor y audacia.)

AURORA

(Confundida.) ¡Oh!

MATILDE

¿Comprendes?... Pues si comprendes, ten cuidado, de-siste de una lucha en la que llevas la peor parte

AURORA

¡Desistir!... Aceptar en silencio la desventura de Manuel!.. (Con pasión y energía.) ¡¡Nunca! Veremos quien vence de las dos.

MATILDE

¡Lo veremos, Aurora!

AURORA

Lo veremos, Matilde. (Aurora y Matilde se contemplan un instante en actitud de reto; luego sale Aurora por la segunda puerta derecha.)

ESCENA VI

Matilde. — Al final don Homobono. — Ambrosio. — Remedios

MATILDE

¡Lo veremos! (Con tono de duda.) ¡Ay! La actitud de esa mujér me da miedo. Puede causarnos mucho daño. (Con inquietud ansiosa.) Hay que resolver algo, inventar algo... (Con desesperación.) ¿Quién puede ayudarme?... (Con alegría.) ¡Eurique; sí... Eurique!... Es preciso avisarle. (Se sienta frente al escritorio y escribe precipitadamente. Después mete la carta en un sobre que deja en blanco.) ¡Ya está! (Se dirige hacia la primera puerta derecha.) Ahora... (En este momento aparecen don Homobono don Ambrosio y Remedios, en el fondo. Don Homobono un poco antes para ver la acción de Matilde cuando oculta la carta.)

AMBROSIO

(Dentro.) ¡Excelente día de primavera!

MATILDE

(Al oírles y ver á Homobono.—Aparte.) ¡Qué contrariedad!
(Oculta precipitadamente la carta en el bolsillo del vestido.)

HOMOBONO

(Reparando en la acción de Matilde.—Aparte.) Cartita tenemos,
Aurora ha roto las hostilidades. (Restregándose las manos con satisfacción.)

ESCENA VII

Matilde.—Remedios.—Don Homobono.—Don Ambrosio.

Al final Manuel y Ramírez.

MATILDE

(Dirigiéndose al grupo formado por los tres personajes, que quedará en el fondo.—Con aparente jovialidad.) Pronto se dió la vuelta.

HOMOBONO

(Con amabilidad extremada.) ¡Qué remedio, hija mía! Los aires de Abril son muy fríos para los viejos. (A Remedios.) Hablo de mí y de don Ambrosio.

AMBROSIO

Además, tenemos que salir.

REMEDIOS

Y nosotras arreglarnos para el paseo. Ya mandé enganchar. (Entran por la primera puerta de la izquierda el doctor Ramírez y Manuel sin reparar en el grupo formado por Matilde, doña Remedios y don Ambrosio, que queda en el fondo. Manuel vestirá una blusa blanca de dril, las mangas de la blusa estarán dobladas por encima de la muñeca, Manuel tendrá también las manos llenas de carbón y mostrará en toda su persona el desaliño propio á un hombre entregado al trabajo.)

MANUEL

A Ramírez. ¿Qué le parece mi laboratorio?

RAMIREZ

¡Admirable!

MATILDE

(A Remedios.) Es Manuel.

REMEDIOS

Qué facha!

AMBROSIO

No le falta más que una tea para resultar por fuera, lo que por dentro: un descamisado. (Manuel se vuelve y ve á Matilde, Remedios, don Ambrosio y don Homobono.)

MANUEL

¡Pues si está aquí toda la familia! (Acercándose hacia ellos, al mismo tiempo que los otros se dirigen donde está Manuel.)

ESCENA VIII

**Matilde.—Remedios.—Manuel.—Don Homobono.
Don Ambrosio.—Doctor Ramírez.**

MATILDE

Ya era hora de que nos viésemos desde el almuerzo.

MANUEL

¡El pícaro trabajo! Mira si te querré que llamo pícaro, porque me separa de ti, á mi amigo mejor. (Reparando en el traje de Matilde.—Mirándola con amor.) ¡Qué elegantona! Hechicera estas. Un poco palida, pero hechicera, ¡Ven aquí! (Cogiendo cariñosamente á Matilde por las mangas de su vestido.)

MATILDE

(Con impaciencia.) ¡Quita! (rechazándole.) ¿No ves que tienes sucias las manos y vas á mancharme el vestido?

MANUEL

¿Qué importa si manchándotelo me proporciono y te proporciono, creo que te lo proporciono, un momento de felicidad? Vestidos hay muchos; los momentos de felicidad por muchos que sean, parecen pocos. Un vestido sucio se renueva, un momento de felicidad que se pierde perdido queda para siempre. (Con melancólica ternura.)

MATILDE

(Pcurando dominar su inquietud.) Manuel...

REMEDIOS

(Riendo.) Qué poético estás.

MANUEL

(Jovialmente.) Pues ¿qué se figura usted? ¿que pordedicarme á la ciencia no deje espacio libre en mi pensamiento á la poesía?... ¡Error! La poesía y la ciencia son hermanas, mi querida suegra en proyecto. Un hombre de ciencia es un

poeta que busca la verdad; un poeta, un hombre de ciencia que la presiente; en el fondo iguales: dos gemelos que vuelan alto, porque la naturaleza ha tenido el buen gusto de ponerles alas en la frente.

HOMOBONO

Contento y satisfecho estás.

MANUEL

¡Contentísimo!... Ramírez, dígame usted si tengo motivos para estarlo.

RAMIREZ

Como chico en feria anda por su laboratorio. ¿No han entrado ustedes en él?

MATILDE

Yo sí.

AMBROSIO

Nosotros todavía no.

MANUEL

¡Un antro, don Homobono; un antro de aquellos que nos describen los cronistas de la edad media! Hornillos, retortas, alambiques, bicharracos metidos en alcohol... Faltan los signos cabalísticos y sobra la instalación de luz eléctrica para que parezca el asilo de un brujo.

RAMIREZ

Como á ti te faltan cuatro adarnes de neurosis para estar loco rematado y un gorro puntiagudo para resultar un alquimista.

AMBROSIO

Cualquier cosa parecerá éste.

HOMOBONO

Un alquimista. Es decir, uno de aquellos heréticos buscadores de la piedra filosofal á quienes la iglesia tostaba á fuego lento sin curarse de conjuros y adivinaciones.

MANUEL

(En son de broma.) Vaya ¡que si viviéramos en aquellos tiempos no me escapaba yo tampoco! ¿Verdad, mi querido don Homobono?

HOMOBONO

Tú...

MANUEL

Y que no saldría de esta habitación sin ser condenado.

¡Digo! A la derecha mi tío Ambrosio, el brazo civil; á la izquierda don Homobono, el brazo eclesiástico. ¡Estupendos chicharrones harían ustedes con mi cuerpo! Afortunadamente aquello acabó.

HOMOBONO

¡Desgraciadamente!

MATILDE

¡No empecemos!

MANUEL

Descuida. Hoy no tengo gana de discusiones. Repito que estoy muy contento. Tú queriéndome mucho y mi laboratorio marchando; porque marcha ya. Hasta trabajé en él un poco. Gusto de ver funcionar los aparatos exclusivamente. Así estoy de tizne.

AMBROSIO

¿Conque se ha trabajado?

MANUEL

(A Ramírez.) ¡Y cómo resistía el condenado animalejo! (A Matilde.) Un microbio, una fierecilla microscópica que, juntamente con millones y millones de compañeros suyos, cultiva la novilísima tarea de asesinar al género humano.

RAMIREZ

¡Si que resistía el tunante!

HOMOBONO

(Con ironía.) Los malos gérmenes resisten mucho.

MANUEL

(En el mismo tono.) Mucho, don Homobono, tiene usted razón. Los malos gérmenes son muy difíciles de combatir, lo mismo en el cuerpo humano, que en el social.

HOMOBONO

No hay forma de acabar con ellos.

MANUEL

Si la hay. Cuesta, costará un trabajo enorme conseguirlo, pero al fin y á la postre, podremos con ellos.

AMBROSIO

(Burlándose.) ¿Ustedes?

MANUEL

Nosotros, sí señor; mis compañeros y yo desde nuestro sitio; los demás hombres de energía y de fe, desde el suyo.

HOMOBONO

Ilusiones de la juventud.

MANUEL

Realidades de la experiencia. Aquel microbio, aquel homicida imperceptible, era muy rebelde para morir. Salamandra diminuta, muy diminuta, vivía en medio de una atmósfera abrasada como en el mejor de los mundos posibles; echaba yo combustible al hornillo, aumentaba poderosamente los grados de calor, y mi adversario, terco que terco, sin darse por vencido, burlándose de mí con los retorcimientos de su cuerpecillo negruzco, desafiándome con sus sacudidas nerviosas, insuitándome con su terrible vitalidad; sólo que yo era más terco que él todavía; y aumentaba el calor un grado y otro, y otro... y por fin, el microbio se contrajo desesperadamente, estirose después y quedó tiesecillo, inmóvil: había muerto; yo pude más que él. ¿Sabe usted por qué don Homobono? Porque, en aquel instante, yo representaba la salud, es decir, el bien, y él representaba la peste, es decir, el mal. En estas luchas el triunfo definitivo corresponde al bien. (Durante estas frases de Manuel todos se miran haciendo unos gestos de disgusto, y otros de no entender. Matilde manifestará una gran impaciencia y el doctor Ramírez sonreirá escépticamente, contemplando á unos y á otros.)

DOCTOR

¡Bravo chico! Con esas facultades oratoratorias bien aprovechadas, te veo ministro antes de cuatro meses.

MANUEL

¡También usted se burla! Bueno que lo hagan otros; (A Matilde.) otros, sabes, no hablo de ti. ¡Pero usted, un hombre de ciencia!...

DOCTOR

La práctica de la vida me ha enseñado otra ciencia más ventajosa.

MANUEL

¿Cuál?

DOCTOR

Saber vivir: la más importante de todas. ¿No es cierto amigos míos?

HOMOBONO

Al menos es muy necesaria. De todas suertes (A Manuel.) te felicito. Vales mucho, eres un enemigo terrible para tus adversarios.

MANUEL

Y tengo confianza en el éxito. Juro á usted que si por algo aprecio y deseo la fortuna que nos ha dejado el general, es porque con ella, puesta al servicio de mis aspiraciones, facilitaré obstáculos.

HOMOBONO

(Aparte.) Por eso no te la daremos.

AMBROSIO

(Mirando el reloj. A don Homobono.) ¿Qué? ¿vamos á ultimar el asunto?

HOMOBONO

A sus órdenes.

DOCTOR

Yo salgo con ustedes. A más ver, Manolito.
(Despidiéndose, don Homobono, don Ambrosio y Ramírez, salen por el fondo.)

REMEDIOS

Y nosotras á colocarnos los sombreros y á dar un pa-seito por ahí, antes que se haga tarde. (Remedios se dirige á la primera puerta de la derecha y sale por ella. Matilde va á seguirla.)

MATILDE

(Con impaciencia.) ¡Creí que no acababan!
(Matilde llega á la primera puerta derecha y Manuel la detiene cariñosamente por el brazo.)

MANUEL

(Deteniendo á Matilde.) No, Matilde; ¡tú no te vayas! Espera un poco. (Con tono amante.)

MATILDE

(Aparte.) ¡Qué martirio!

(Durante toda la escena que sigue, Matilde demostrará la impaciencia y nerviosidad propias á la situación de temor y de intranquilidad en que se halla.)

ESCENA IX

Matilde y Manuel.

MANUEL

(Conduciendo á Matilde á una de las butacas, haciéndola sentar y sentándose él á su lado.) Así quiero tenerte; á mi lado. Sola conmigo. Lejos de esos que se burlan de mí. (Coge entre sus manos una de Matilde. Esta la retira.) ¿Por qué huyes?...

Ven. (La coge de la mano.) ¿Te disgusta que estemos juntos? ¿Qué hablemos con plena libertad?

MATILDE

¡Qué ideal! Soy muy dichosa cuando me hallo cerca de ti. Sólo... que mamá aguarda. Como la tengo que acompañar...

MANUEL

(Con mal humor.) ¡El paseo!

MATILDE

Sabes que mamá no lo pierde. Además, si no estamos reunidos, tú tienes la culpa.

MANUEL

(Sorprendido.) ¿Yo, Matilde?

MATILDE

Claro. ¡Si te hubieras arreglado y hubieras venido con nosotras!...

MANUEL

(Contrariado.) Tienes razón.

MATILDE

Por si esto no bastase para disgustarme, esta noche vas á esa conferencia (Levantándose).

MANUEL

No me dejes aún; espérate. (Haciéndola sentar de nuevo.) Mi ausencia de esta noche es inevitable. Por lo que respe ta al paseo, estás en lo firme. ¡Dispensa!... Tenía un deseo tan grande de ver terminada la instalación del laboratorio...

MATILDE

Que me has dejado á mí.

MANUEL

¡Dejarte! Jamás has estado más dentro de mi alma que allí. Es mi cuarto de estudio, el sitio donde trabajaré al lado tuyo, ¡vida mía! el arranque de nuestra existencia futura. Será una simpleza, pero al ver terminada la instalación del laboratorio, no he tenido más que un deseo: entrar contigo en él. ¿Sabes para qué? Para ofrecértelo, para que lo visitáramos el uno del brazo del otro; para que nos prometiésemos amor sin límites y completa felicidad entre aquellas cuatro paredes, que son el altar de mi entendimiento, como tú eres el altar de mi corazón.

Figúrate que con tal propósito había pensado que suprimieras esta tarde el paseo.

MATILDE

¡Qué niño eres, Manuel! ¿Piensas que mamá lo consentiría? Aun no estamos casados para que nos dejen en casa solos. Además; cualquier hora, cualquier instante, son buenos para prometerse cariño. (Tratando de levantarse.)

MANUEL

(Deteniéndola.) No es eso. ¡No es eso! Yo hubiera deseado que estuviéramos allí juntos, solos, para explicarte delante de aquellos aparatos, de aquellos libros, de mis armas de combatiente, mis proyectos, mis ambiciones, mis afanes, mis recelos y mis esperanzas. Hubiese querido enseñarte algo que no conoces bien; el hombre que hay dentro de mí, el luchador intelectual, el que aspira á lograr triunfos y más triunfos, para arrojarlos á tus pies y decirte: «Otros hombres te ofrecerían galas, adornos, esplendores mundanos, miserias cubiertas de oropel, satisfacciones y dichas de talco; yo no; yo aquí, en este humildísimo recinto que fortalecerá el trabajo y que embellecerá el amor, te ofrezco algo más grande, más perenne, más duradero; un afecto sin trabas, una inteligencia sin cobardías y una ambición noble, que no quiere detenerse hasta ganar un nombre de que puedas mostrarte orgullosa. Llega dentro de mí, compenétrate con las ideas como te has compenetrado con los sentimientos, y marchemos unidos á la conquista de la ventura y de la fama!» Eso te hubiese dicho yo. (Reparando en Matilde que durante todo el parlamento de Manuel se ha mostrado impaciente y distraída.) Pero, ¿qué te pasa? (Con sorpresa. Con amargura.) ¿No me oyes?

MATILDE

(Procurando contenerse.) Sí, Manuel... Te oigo... Te he oído con verdadero gusto.

MANUEL

(Sorprendido y triste.) ¿Así me contestas? ¿Es que no me entiendes, Matilde? (Con amargo recelo.)

MATILDE

Manuel... perdóname. No me hagas caso. No sé lo que me digo... Estoy todo el día tan contrariada, tan nerviosa...

MANUEL

(Con interés.) Cierto. Tus manos arden.

MATILDE

No, no es nada; nervios; nada más que nervios. El aire del paseo me pondrá bien. (Entra Petra por la primera puerta de la derecha con un sombrero y unos guantes en la mano.)

ESCENA X

Dichos y **Petra.**

PETRA

Señorita: la señora que aquí tiene usted el sombrero y los guantes.

MATILDE

¿Ves? (A Manuel.) Ya nos mete prisa mamá.

PETRA

En seguida sale.

MATILDE

(Llegando frente á la chimenea, encima de la cual habrá un espejo. Pon aquí esas cosas. (A Petra, bajo.) No te vayas. (Comienza á ponerse el sombrero delante del espejo.)

MANUEL

(A Matilde.) Si te encuentras mal, no debes salir.

MATILDE

No te preocupes. De veras, no es cosa de cuidado. (Termina de ponerse el sombrero. Entra doña Remedios por la primera puerta derecha con sombrero puesto.)

ESCENA XI

Matilde. - Petra. — Doña Remedios. — Manuel
y luego **Mariano.**

REMEDIOS

(A Matilde.) ¿Estás lista?

MATILDE

A tu disposición.

REMEDIOS

(A Manuel.) ¿Conque tú no vienes?

MANUEL

No, señora. Tendría que vestirme y se les haría á ustedes tarde. (Entra Mariano por el fondo.)

MARIANO

El coche. (Se retira por donde entró.)

REMEDIOS

Vamos.

PETRA

(Aparte.) ¿Qué me querrá esta niña? (Viendo que Matilde se separa de la chimenea haciéndole señas de que espere allí.)

ESCENA XII

Matilde. — Remedios. — Petra. — Manuel.

MATILDE

(A Manuel.) Hasta luego. (Sin coger los guantes que estarán sobre la chimenea.)

MANUEL

Adiós.

REMEDIOS

Adiós, sobrino.

MANUEL

Tome usted el brazo. Las acompañaré hasta el carruaje.

REMEDIOS

Muchas gracias. Ve tú delante, niña. (Matilde pasa delante de Manuel y Remedios, y se dirige con ellos al fondo. Cuando todos llegan á este, Matilde hace como si recordara alguna cosa.)

MATILDE

¡Ay, qué cabeza!... ¡Pues no se me olvidaban los guantes! Sigán ustedes; en seguida voy. (Salen por el fondo Remedios y Manuel.)

ESCENA XIII

Matilde y Petra.

Matilde observa un instante hacia el fondo para cerciorarse de que Manuel y Remedios no la ven y sigue su camino. Luego se dirige donde está Petra, y al llegar junto á ella saca precipitadamente la carta que ocultó en el bolsillo.

MATILDE

(A Petra enseñándole la carta.) Sin que nadie se entere. ¡Entiendes! Esta carta al señorito Enrique. ¡Al casino, á escape!

PETRA

Descuide *usté*.

MATAILDE

No olvides que es urgente. (Coje los guantes que están sobre la chimenea y sale por el fondo.)

PETRA

Y ahora á decirle cuatro palabritas dulces al otro. ¡Viva el desahogo y ande el hól... (Entra Aurora por la segunda puerta derecha.)

ESCENA XIV

Aurora y Petra.

(Petra que se dirige precipitadamente hacia la segunda puerta derecha tropieza con Aurora.)

AURORA

(A Petra.) ¿Dónde vas tan *aprisa*?

PETRA

(Enseñándole la carta.) A quitarle trabajo al cartero del interior.

AURORA

(Con indiferencia.) Una carta.

MATILDE

De la señorita Matilde *pa su novio*.

AURORA

¿Pa Manuel?

PETRA

No seas estúpida. Manuel es el novio oficial; la carta va pa el otro, pa el novio *efetivo* mujer.

AURORA

(Aurora con ansiedad.) ¿Pa Enrique? ¡Trae! Necesito ver esa carta.

PETRA

Esta carta...

AURORA

Sí; ¡traela! ¿No comprendes que leyendo, sabiendo lo que dice esa carta puedo salvar á Manuel, probarle que le engañan? ¿No sabes que Manuel, ese Manuel á quien Enrique y Matilde quieren deshorrar, es mi Manuel?

PETRA

¿El tuyo?

AURORA

El mío. ¡El que no será de ella! Porque tú, mi amiga de siempre, mi hermana casi, no vas á permitir que le hagan daño y que yo muera de desesperación. ¡Trae esa carta! ¡Tráela, Petra! ¿Quieres que te la pida con los brazos en cruz? (Suplicante.)

PETRA

No hace falta tanto, mujer. Tratándose de ti, y de hacer un bien á tu hombre, ¿voy á dudar yo? Además, ¿qué miramientos merece una moza como Matilde? ¡Poco anti-páticas me son la hija y la madre! ¿Qué pué ocurrir? ¿Que se enteren y me pongan en la del rey? Regaño más y garbanzo menos, lo mismo tendré en otra casa. Toma. (Entrega la carta á Aurora.)

AURORA

(Cogiendo la carta con ansiedad y mirando el sobre.) El sobre no tiene dirección; está en blanco.

PETRA

¡Pensarás que la niña es tonta! El sobre en blanco y la letra de dentro *desfigurá*, y sin firma ninguna. He llevao muchas de esa casta. Así, aunque la carta se pierda ó la cojan, no se sabe pa quién, ni de quién es. Estas señoritas gastan más conchas que los galapagos.

AURORA

(Abriendo la carta y leyendo alto mientras Petra la escucha.) «Esta noche, á las diez, donde siempre; en el jardín, junto al kiosco. El sale. Mientras los otros están dentro de casa, iré yo allí. Dejaré abierta la puerta escusada. No tienes más que empujar, como siempre. Urge que nos veamos.» Tiene razón; no lleva firma.

PETRA

¿Qué le ocurre á Matilde pa tantas precipitaciones?

AURORA

Ya lo sabrás luego. Ahora es ocasión de otra cosa. Ahora... (Se dirige al escritorio, coge un sobre, mete en él la carta de Matilde y cierra el sobre.) Esto es; otro sobre. (Dando la carta á Petra.) Ten la carta y llévala en seguida.

PETRA

Corriente. (Sale Petra por la segunda puerta derecha.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FERNANDO REYES"
1625 MONTERREY, México

AURORA

(Con actitud de triunfo.) ¿No pedías pruebas, Matilde? Ya las tengo. ¡Ah, él!

(Entra Manuel por el fondo en actitud meditabunda y triste y llega hasta el primer término sin reparar en Aurora, que habrá quedado junto á la segunda puerta derecha.)

ESCENA XV

Aurora.—Manuel.

MANUEL

(Aparte.) ¡Matilde! (Con amargura.) ¡Tampoco Matilde! (Con desesperación.) Y si ella no me comprende, ¿qué va á ser de nuestro porvenir? ¿Qué va á ser de mi dicha? ¡Porque mi dicha es ella! (Con pasión. Se deja caer en una de las butacas y oculta el rostro entre las manos, mientras Aurora le contempla con tristeza y amor.)

AURORA

(Acercándose á Manuel.) Señorito Manuel...

MANUEL

(Levanta la cabeza y ve á Aurora) Aurora. Acércate. ¿Por qué me llamas señorito Manuel?

AURORA

Yo...

MANUEL

No; tú no debes llamarme así. Llámame Manuel como siempre, como antes.

AURORA

¡Como antes!

MANUEL

Lo mismo. Puede haber concluído entre nosotros, por obra del tiempo y de las circunstancias, de hechos que ni tú ni yo conseguiríamos volver atrás, la pasión, el lazo carnal que nos unía; pero restan la confianza y el afecto. Si no somos dos amantes, somos dos amigos fieles, dos hermanos. Los hermanos ni se llaman señorito, ni se hablan de usted. Hablemonos de tu.

AURORA

¡Manuel!...

MANUEL

¡Pobre Aurora! ¡Pobre de mí acaso!...

AURORA

¿De tí? ¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes?

MANUEL

Lo más horrible que le puede ocurrir á un hombre lleno de fe, de esperanzas y de ilusiones; ver rota su fe, heridas sus ilusiones y sus esperanzas á punto de desvanecerse... ¡No ser comprendido! ¡No ser comprendido ni por aquellos que uno lleva dentro del corazón!... ¡Qué tortura más grande!...

AURORA

Manuel...

MANUEL

¡Y ella!... Tampoco ella!... No; ¡si no debe ser verdad! Si sólo al imaginar que ella no me comprende, me hace pedazos el cráneo.

AURORA

¡Ella!

MANUEL

¡Perdona!... Acaso te ofenden mis palabras.

AURORA

¡Ofenderme! ¿Por qué? Lo nuestro concluyó hace ya muchos años!...

MANUEL

¡No ser comprendido!... ¡No ser comprendido! Tantos días preparándome para la lucha, tantos años de constante y ruda labor! ¡Tantas horas de vigilia, de esfuerzos, para intentar el asalto del porvenir! Y cuando vengo aquí, seguro del triunfo, ¿qué encuentro? ¿Amor? Amor, sí, el amor corriente, el vulgar, el que se traduce en sonrisas, en suspiros, en palabras dulces, en pensamientos rutinarios, en esperanzas baladíes; ese; no el amor verdadero, el grande, el que resulta, más que aproximación, penetración, justaposición de dos seres; el que cree siempre y comprende siempre, porque cuando no comprende, adivina, y cuando no adivina admira y respeta! Ahí tienes lo que buscaba yo, lo que temo no hallar... y si no lo encuentro. ¡qué tristeza tan espantosa para mi alma!... (Con desesperación y ocultando el rostro entre sus manos.)

AURORA

(Con cariño.) ¡Vamos Manuel! Tu no debes acobardarte. Un hombre que vale lo que tú, sale adelante con lo que desea aunque esté solo, aunque no le acompañe nadie.

MANUEL

¡Solo! ¡No... Repito que es imposible! Me obceco, soy injusto con ella.

AURORA

¡Ella!

MANUEL

¡También lo dudas tú! ¡También crees que no me comprende!

AURORA

¡Si fuera eso solo!

MANUEL

¡Qué dices!

AURORA

La verdad. No puedo, no debo mentir. Tratándose de otro no lo haría; tratándose de ti ¿como voy á hacerlo?... No, no es posible que esos miserables escarrezcan á un hombre tan honrado como tú!

AMBROSIO

¡Eh!

AURORA

Matilde no te comprende; pero esto es poco. Matilde no te quiere; es poco aún: ¡Matilde te engaña!

MANUEL

¡Cómo!... ¡Qué!... ¿Qué dijiste, Aurora?

AURORA

Te engaña.

MANUEL

¡Oh!

AURORA

Te engaña, porque no apetece más que el dinero, te engaña porque tiene un amante.

(Manuel al oír estas frases, se dirige á Matilde en actitud amenazadora.)

MANUEL

¡Mentira! ¡Mentira!... ¡Eso no es verdad!... ¡No es verdad!... ¡La calumnias!...

AURORA

¡Yo!...

MANUEL

¡Tú, sí, tú!... Lo que has dicho es falso. Una calumnia, lo repito.

AURORA

¡Manuel!

MANUEL

Sí, la calumnias. Ya veo clara tu intención. Aún piensas en mí; aun quieres ganarme para ti.

AURORA

¡Manuel! ¡Manuel!

MANUEL

Lo quieres. Y como Matilde te estorba, pretendes deshacerte de ella y recoges todo el cieno que amasaste en el arroyo cuando moza, para arrojarlo sobre ella y salpicarme á mí en el alma!

AURORA

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y tú supones?... ¡Qué horror, virgen santa, qué horror! ¡Trato de salvarle y me insulta; procuro por su felicidad y me da en cara con mi vergonzoso pasao! ¡Yo no merezco eso, Manuel! ¡No, no lo merezco!

MANUEL

¡Dí que mientes, mujer! ¡Dilo pronto; dilo y te perdono! ¡Acaba de decirlo!

AURORA

¡No miento! Te engaña. Tiene un amante: ¡Enrique!

MANUEL

¡Oh!

AURORA

Se que te hago daño, mucho daño. Arrancar un querer del pecho es muy doloroso. Pero la herida que te hago yo, puede curarse; curará. La que ellos van á causarte es de muerte.

MANUEL

¡Enrique! ¡Matilde!... No; ¡si no te creo! ¡Si la adoro cómo voy á creerte! ¿Quieres que te crea? Dame una prueba; una que no admita vacilaciones; que no permita dudas... ¿Tienes esa prueba?... No; no la tienes. ¿Verdad que no la tienes?

La tengo.

AURORA

¡Venga!

MANUEL

AURORA

He hablao con Matilde pa exigirle que no se casara contigo. Ella, temiendo lo que pueda intentar yo, ha escrito á Enrique para ponerse de acuerdo con él. A las diez están citaos en el jardín. «Donde siempre, junto al kiosko». Ve al jardín, óyelos; y luego de oírles, si te he mentido, márame.

MANUEL

¡Conque ellos!... ¡Iré!

AURORA

He cumplido mi obligación. Ahora, adiós Manuel. ¡Adiós pá en jamás de la vida!

MANUEL

¡No! No te irás.

AURORA

¡Manuel!

MANUEL

¡No te irás! Si has mentido eres una criatura vil, merecedora de todos los castigos, de todas las afrentas. Si has dicho verdad, me has salvado, me libras de una muerte mil veces peor que la de mi cuerpo, la de mi alma. Si has hecho eso mereces gratitud, alabanza y admiración.

AURORA

¡Ay!

MANUEL

Pues bien, si es para el premio. para el premio; si es para el castigo, para el castigo. Para una cosa ó para otra tienes que esperar. ¡Espera, Aurora! ¡Espera!...

Telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa el jardín del hotel. Al fondo la fachada trastera y entrada de éste. La puerta de entrada del hotel será practicable, conduciendo á ella tres ó cuatro escalones de piedra. Esta puerta será de cristales, por los cuales, así como por los de las ventanas, se verán luces encendidas.

A la derecha, en primer término, en lo que remedará tapia, una puercecita practicable que estará cerrada con un cerrojo al comienzo de la representación.

A la izquierda, en segundo término, un kiosco chino al que dará acceso una pendiente enfrontada con el público. En el resto de la decoración, árboles, cuadros de flores, etc., etc.

La luz de la luna iluminará el jardín al comenzar la escena, ocultándose cuando lo indiquen las anotaciones y volviendo á salir cuando se marque.

Al levantarse el telón aparecen en primer término, á la derecha, sentados en sillas rústicas y teniendo delante mesitas portátiles de madera, Matilde, Remedios y Ramírez.

En segundo término, á la izquierda, habrá una mesa, portátil también, pero más grande que las anteriores.

ESCENA PRIMERA

Matilde.—Remedios.—Ramírez y don Ambrosio.

REMEDIOS

No puede ser más agradable la temperatura.

DOCTOR

Se conoce que Mayo está impaciente por llegar, y le mete á Abril de contrabando, sus deliciosas noches.

MATILDE

Pues bendito sea el contrabandista, que nos permite tomar el café en el jardín.

DOCTOR

Y la luna que nos deja ver tu hermosísima cara.

MATILDE

¡Qué galante!

DOCTOR

Y que esta noche disfruto yo solito el espectáculo de